

CONVERSA AMB J. H. ELLIOTT.

Manuscrits.- Existe la impresión, no se si estará Vd. de acuerdo, que así como los historiadores franceses de la segunda y tercera generación de la revista Annales han sido muy dados a la autobiografía, a contar en ocasiones con mucho lujo de detalles su proyección personal, los historiadores británicos no son, pese a la rica tradición inglesa en el terreno de las memorias y diarios personales, muy dados a este tipo de reflexión sobre sus propias trayectorias profesionales. ¿Qué opina el respecto?

J. H. Elliott.- Me parece que es verdad. Pero creo que se debe ante todo a una situación diferente del historiador en su sociedad. En Inglaterra los intelectuales tienen muy poco peso. Existe muy poco interés entre el público por conocer nuestras vidas, lo que escribimos o lo que hacemos en general. No resulta por tanto un ambiente propicio para el desarrollo de la autobiografía.

Manuscrits.- ¿Quiere eso decir que la historia carece en Inglaterra de una proyección mediática importante como la que parece tener en Francia?

J. H. Elliott.- Ciertamente. Existen dos o tres excepciones como el caso de Richard Cobb, ya muerto, que siendo un historiador tan excéntrico consiguió atraer la atención del público por su vida picaresca con sus memorias, aunque más bien fue ésta última razón la que promovió más su lectura por el público que por su condición de historiador. Por lo general no constituimos un asunto que interese al público inglés. No somos una referencia importante.

Manuscrits.- Entrando en su trayectoria biográfica, hemos visto frecuentes alusiones a sus orígenes sociales humildes. ¿Qué profesión tenían sus padres? ¿Existía algún antecedente familiar relacionado con el oficio de historiador?

J. H. Elliott.- Mis orígenes no son exactamente tan humildes. Son relativamente modestos. Mis padres eran maestros de escuela. Mis dos abuelos eran relojeros. No se nada de mis bisabuelos. No he tenido una preocupación genealógica porque considero que, en mi caso, no resulta muy interesante.

Manuscrits.- ¿Su decisión por estudiar historia a que obedeció? ¿Qué le incitó en un momento determinado a elegir la historia entre esas otras posibilidades?

J. H. Elliott.- No sentía ninguna vocación especial por ser historiador durante mi juventud. Supongo que me aficioné como muchos otros jóvenes ingleses de mi generación a través de la lectura de esas historias románticas sobre la nación inglesa que leíamos cuando teníamos unos ocho o nueve años.

Manuscrits.- ¿Algún episodio en especial?

J. H. Elliott.- No. Pero se leían muy bien estas historias románticas que iban ilustradas con numerosos grabados desde los inicios de Alfredo el Grande hasta la Primera Guerra Mundial. Para entrar en el Eton College tuve que conseguir una beca. Mi padre era en esos momentos el director de la escuela. No había en ese momento el nivel de enseñanza de latín y griego que era fundamental para él. Tuve la oportunidad de recibir lecciones de latín y griego del párroco del pueblo en el que vivíamos. Y conseguí entrar en el Eton College. En parte fue con suerte, porque cada séptimo año tras el final de la Primera Guerra Mundial había más plazas que en los restantes años. Yo entré por casualidad en uno de estos años. Entrar en este colegio, efectivamente, daba más posibilidades académicas para realizar una carrera. Me encontré entre medio de un mundo de hijos de familias bastante ricas. Un mundo muy distinto al mío.

Manuscrits.- ¿Sintió algún tipo de discriminación?

J. H. Elliott.- No, ninguna. Los becarios vivíamos en una residencia distinta. Había un poco de *snobismo* contra los becarios por parte de los que pagaban, pero nada más.

Manuscrits.- De los años de la Segunda Guerra Mundial, ¿tiene Ud algún tipo de recuerdo de la sociedad inglesa que le impactara especialmente?

J. H. Elliott.- Yo seguía el movimiento de las tropas aliadas con los mapas que tenía puestos en las paredes de mi pequeño cuarto. El día de la victoria final fuimos al castillo de Windsor que estaba cerca para ver los fuegos artificiales y celebrarlo. Recuerdo muy bien este hecho. También recuerdo muy bien las bombas porque vivíamos muy cerca de Londres y el resplandor de los fuegos en la ciudad se podían ver desde nuestra casa. Además, también recuerdo las privaciones impuestas por la guerra. Se comía bastante mal, incluso mucho peor en los años posteriores a su finalización.

Manuscrits.- ¿Cómo vivió la reacción contra el nazismo durante su juventud?

J. H. Elliott.- Supongo que entre mi generación, incluso en mí, estuvo muy arraigada la antipatía hacia los alemanes. Pero tuve que superarlo.

Manuscrits.- Esto enlaza casi con los años cincuenta. Vd. estuvo en el comité de redacción de *Past and Present*. Sin embargo, Vd. ha hecho un tipo de historia diferente a la generación de historiadores marxistas británicos. Se ha interesado más por temas como la biografía política. ¿Qué relación tuvo con este grupo de historiadores en los años de la postguerra?

J. H. Elliott.- Organizamos un golpe de estado en la revista. *Past and Present* había empezado con muy buenos artículos pero con muy pocas ventas. Un día vino a verme Eric Hobsbawm para preguntarme si tendría interés en formar parte del comité de redacción. Querían ampliarlo para tener más impacto y llegar así también a los no marxistas. Invitaron también a Lawrence Stone y a Trevor Aston. Al principio tuve la impresión de que todos nos negaríamos, pero tal vez, insistiendo en algunos cambios editoriales sería posible participar. Por ejemplo, insistimos en que abandonasen el subtítulo de su revista, "Revista de Historia Científica", que era un lema de su marxismo. Aceptaron, y decidimos entrar. De hecho, obtuvieron los objetivos deseados porque a partir de entonces comenzaron a contribuir muchos historiadores no marxistas. No obstante, el comité de redacción, a pesar de nuestra incorporación continuó siendo un grupo reducido. En él debatimos intensamente artículos precisos, pero en absoluto discutimos sobre teorías marxistas. Las discrepancias sobre la aceptación de un determinado artículo nunca se han debido a criterios marxistas o antimarxistas, sino que siempre giró en torno a la calidad del artículo mismo. Las polémicas resultaban vivas porque historiadores como Hobsbawm, Hilton o Hill, son gente viva y polémica. La revista había sido fundada y organizada por John Morris, un marxista más en la tradición de William Morris en el siglo XIX, excéntrico y mal organizado en todo. Vimos que no existía posibilidades de supervivencia para la revista si no había una mayor capacidad de organización. Al final se impuso a Trevor Aston como director. Con mejor organización y mejores tiradas, la revista comenzó a tener un mayor impacto.

Manuscrits.- El libro de Trevor Aston se publicó en España con excesivo retraso....

J. H. Elliott.- Sí, pero tuvo muchísimo impacto, sobre todo el debate de Hobsbawm acerca de la crisis general del siglo XVII dio mucha publicidad a la revista.

Manuscrits.- Siguiendo con su etapa de estudios en Cambridge, uno de los aspectos que llama la atención es la dificultad de encontrarle un maestro. En ocasiones ha aludido a H. Butterfield, quien le dirigió su tesis, pero cuyos estudios se habían distinguido por los orígenes de la ciencia moderna.

J. H. Elliott.- Sí, efectivamente. Butterfield se interesaba por todo. No era un hispanista ni tenía idea sobre el tema que yo había elegido para realizar mi tesis doctoral. Fue por eso que lo elegí en parte, porque no quería a nadie que me vinculara.

Manuscrits.- ¿Ir por libre? Nos ha llamado siempre la atención este aspecto. Esencialmente Vd. ha tenido una proyección muy autónoma de cualquier dependencia orgánica a una escuela determinada.

J. H. Elliott.- En primer lugar no había nadie en Inglaterra interesado por la historia moderna de España. Así, no era cuestión de buscar un hispanista que me orientase. En segundo lugar, tenía cierta admiración por Butterfield quien era un hombre bastante misterioso en muchos aspectos. Se interesaba mucho por la cristiandad y la historia. Resultó un director genial en cuanto a que tuvo mucha intuición. Yo le escribía desde Simancas por ejemplo, explicándole mis problemas en la investigación sabiendo que si bien no me respondería dándome orientaciones bibliográficas me haría valiosas sugerencias en cuanto a cómo organizarla o en qué dirección proseguir. Tengo la impresión de que no era capaz de leer español. No lo sé con seguridad. Pero es que no me hacía falta porque aquí encontré a personas como Vicens o Don Antonio Domínguez Ortiz dispuestos a aconsejarme.

Manuscrits.- ¿No quedaba previamente nada en Inglaterra de la vieja tradición del hispanismo inglés? ¿No quedaba nada en toda su generación? ¿Trevor Davies?

J. H. Elliott.- En los departamentos de español sí. Trevor Davies sí, al que no conocí personalmente. Era un *amateur* efectivamente. Si se miran el segundo volumen de la obra de Davies verán que en parte es un plagio del libro *España bajo los Austrias* de Eduardo Ibarra.

Manuscrits.- Y, por ejemplo, ¿gente como H. G. Koenigsberger?

J. H. Elliott.- A Koenigsberger lo conocí porque era alumno de Butterfield, algo más viejo que yo. Se dedicaba en aquella época a la historia de Sicilia en el siglo XVI y se había puesto en contacto con Batista i Roca.

Manuscrits.- Fue este último el que prologó el libro de Koenigsberger...

J. H. Elliott.- Sí, aunque no era la introducción que esperaba Koenigsberger, a mí me pareció interesante porque Batista sabía mucho aunque publicaba poquísimo. Todo estaba en la mesa de su despacho, artículo tras artículo inacabados.

Manuscrits.- Batista i Roca es un personaje poco conocido en Cataluña. Sin embargo, fue padrino de toda una serie de historiadores catalanes que estudiaron en Inglaterra, entre ellos varios de los discípulos de Vicens Vives. Tenía fama de ser un nacionalista muy radical y por eso sorprende que le recomendara lecturas como la obra de Angel Ganivet, *Idearium español*.

J. H. Elliott.- Tengo la impresión de que Batista no tenía un puesto fijo en la Universidad, sino que vivía allí como exiliado. Yo fui a verle. Alguien me puso en contacto con él y no se si ya por entonces había escrito la introducción al

libro de Koenigsberger. Me acogió en su casa y me habló bastante de la historia de España, pero con la visión de un exiliado que ya se encontraba fuera de su país desde hacía bastantes años. Había empezado a perder el sentido de la realidad de lo que pasaba en España, aunque resultaba una persona muy simpática.

Manuscrits.- Luego decidió venir a España en 1950. Su primer contacto con esa España subdesarrollada, ¿venía preconcebido por algún tipo de valores sobre la tópica visión inglesa sobre España?

J. H. Elliott.- No sabía nada. Como buen protestante observé que los valores católicos continuaban pesando mucho en el país. En este sentido, puede decirse que sí existió un cierto choque cultural y religioso.

Manuscrits.- Tras el descubrimiento de España vino el de Cataluña. ¿La Cataluña de los años cincuenta resultaba diferente a la Castilla que había conocido? ¿Tuvo Ud. una inmediata percepción del hecho diferencial catalán en aquellos años?

J. H. Elliott.- Casi no conocí Castilla en aquella época. En Madrid estuve muy solitario, en una pensión, mientras trabajaba en el archivo y apenas me conoció nadie. En Cataluña estuve la primera vez residiendo con la familia de un abogado, hoy residente en la provincia de Tarragona, que me enseñó el catalán. Así pude comenzar a conocer más gentes a través de mis investigaciones en los archivos catalanes. Fue durante mi segunda estancia en Cataluña cuando comencé a conocer mejor a la sociedad catalana. No se ni como ni cuando había conocido al finalizar mi primer año a un joven médico, que me ofreció la oportunidad de que su familia me acogiera si decidía regresar a Cataluña. Cuando regresé en 1955 me puse en contacto con él. Me dijo que la oferta continuaba en pie. El estaba relacionado con mucha gente, especialmente con el *CIC —Centre d'Influència Catòlica*—, en ese momento, con jóvenes como Joan Triadú, Salvador Espriu, etc.. Tenía además, un programa en Radio Barcelona y me presentó a toda esta gente con la que hice tertulias en muchas ocasiones. Yo estaba trabajando ya mucho en los archivos. Ya estaba enterado algo después de mi primera estancia aquí, pero a través de ellos comencé a ser más consciente, a la vez que me introdujeron en esa sociedad burguesa intelectual catalana.

Manuscrits.- Fue entonces cuando conoció a Vicens Vives. ¿Lo conoció primero a él o a Ferran Soldevila?

J. H. Elliott.- No recuerdo con precisión. Escribí cartas a los dos. Posiblemente fue primero a Soldevila, que estaba de archivero en la Corona de Aragón, a través de una carta de presentación. Me invitó a comer a su casa y más tarde a pasar un fin de semana en Palautordera.

Manuscrits.- En la historiografía catalana existe una cierta confrontación entre los que algunos denominan el polo Vicens y el polo Soldevila. ¿Tuvo Ud. conciencia en aquellos años que en la historia de Cataluña existían dos opciones diferentes, una representada por Soldevila desde un presunto nacionalismo radical y otra, la de Vicens, definida por un talante desmitificador y aparentemente más abierta?

J. H. Elliott.- Sí, era muy consciente de la tirantez. Pero me pareció que una de las dos opciones resultaba inaceptable. Eso me hizo difícil las relaciones con Soldevila que personalmente eran muy buenas y al que debía mucho, pero con el que, al mismo tiempo, no podía compartir sus ideas.

Manuscrits.- ¿Soldevila leía sus artículos?

J. H. Elliott.- Creo que sí. Los comentaba aunque no le gustaban. Esta situación resultaba difícil para ambos. El esperaba que alguien que había venido desde Inglaterra tendría una visión catalanista de la historia del siglo XVII.

Manuscrits.- ¿Quienes fueron los discípulos de Vicens con los que más trató?

J. H. Elliott.- Reglá no estaba tanto en Barcelona como Nadal o Giralt. Fui varias veces invitado a casa de los Nadal a comer. También conocí a Jordi Rubió i Lois y a Jorge Pérez Ballestar.

Manuscrits.- Respecto a los discípulos de Vicens, Josep Fontana escribió en la entrada correspondiente en la *Gran Enciclopedia Catalana* que no puede hablarse de Escuela. ¿Comparte Ud. esa opinión?

J. H. Elliott.- Discutimos las entradas del *Índice Histórico Español*. Si fue una escuela lo fue de una forma muy liberal. Vicens pasaba en algunas ocasiones por el archivo. Me preguntaba por la marcha de mis investigaciones pero no dominaba. Me aconsejó no seguir con mis investigaciones más allá de 1640 por cuanto mosen Sanabre, que estaba aparte pero que trabajaba en el archivo, estaba en ello. El esperaba que Zudaire haría en aquellos momentos algo sobre la Iglesia catalana en aquella época. Quería saivar el espacio histórico de la investigación para los tres, pero Zudaire hizo sus propias cosas.

Manuscrits.- ¿Qué opina de la obra de Zudaire?

J. H. Elliott.- No le llegué a conocer muy bien. Estaba a punto de acabar sus investigaciones y ya no acudía regularmente al archivo. Hubo un trato muy afable. Pero cuando leí su libro, pensé que se encontraba demasiado próximo a la tradición de Celestí Pujol i Camps, es decir, a una interpretación excesivamente castellana de los acontecimientos.

Manuscrits.- ¿Qué percepción tenía de la historiografía catalana “romántica” previa a Vicens Vives? ¿Los Victor Balaguer, Bofarull...?

J. H. Elliott.- Conocía a los principales historiadores sobre todo por sus comentarios acerca de la “Guerra dels Segadors”, incluso a Segarra y su panfleto “La Unitat catalana”, por ejemplo. Me pareció demasiado *roviravirgilista*. Para historiadores como Soldevila, la única visión del siglo XIX que se distanciaba de estas posturas era precisamente la de Pujol i Camps. Y sabía por vía de Soldevila que tal visión no resultaba en modo alguno aceptable. Aquél representaba un positivismo totalmente desideologizado. No obstante hay que estar agradecido a su labor de publicación de documentos sobre la Guerra dels Segadors.

Manuscrits.- Su artículo de 1954 en *Estudios de Historia Moderna* fue publicado en inglés. ¿Tuvo miedo Vicens Vives a publicarlo en castellano ¿Qué tenía ese artículo en el año 1954 que podía convertirlo en molesto?

J. H. Elliott.- Por el tema en sí mismo de las relaciones entre Castilla y Cataluña, que resultaba un aspecto muy sensible en esos momentos. El tenía miedo.

Manuscrits.- ¿A quienes? ¿Al sector de la historiografía catalana soldevilista o a la gente del Consejo con la que Vicens tenía relaciones historiográficas?

J. H. Elliott.- No lo sé. Hay algo de misterio en todo el asunto. Tuve la impresión de que habían sido las propias autoridades las que habían censurado mi artículo. Protesté ante alguien en la embajada española en Londres. Hicieron una investigación y me dijeron que no había ninguna censura por parte de las autoridades españolas. Así llegué a la impresión de que había sido responsabilidad del propio Vicens. Yo nunca llegué a entender realmente sus motivos, aunque me afirmó que le había gustado.

Manuscrits.- ¿Cuáles fueron sus relaciones con el resto de la historiografía en aquellos años? ¿Tuvo relación con el núcleo duro de la historiografía salida de los años cuarenta, los Rumeu de Armas, los Palacio Atard, que dominaban el mundo académico español en aquellos años?

J. H. Elliott.- No. No los conocí. Al único investigador al que conocí, gracias a la investigación en el archivo de Simancas, fue a D. Antonio Domínguez Ortiz —si exceptuamos el grupo de monjitas que en aquellos años estaban en el archivo escribiendo sus biografías de las reinas de España—, y a H. Lapeyre. D. Antonio, al que aprecio muchísimo, como buen conocedor de los archivos me apoyó mucho.

Manuscrits. - ¿Con la historiografía francesa de la escuela de los *Annales* mantuvo alguna relación?

J. H. Elliott. - Escribí a F. Braudel en un inicio preguntándole algo que me interesaba sobre la política del Conde-Duque. Me respondió diciéndome que perdería el tiempo con este tema. Que ya se sabían más o menos las conclusiones a las que podría llegar y que sería mucho mejor que me dedicara a estudiar la hacienda. De hecho leí en Simancas la mayoría de las consultas del Consejo de Hacienda entre 1600 y 1640. Pero nunca acepté las recomendaciones de la carta de Braudel.

Manuscrits. - ¿Y con Pierre Vilar? ¿Tuvo ocasión de conocerlo personalmente o a partir de la lectura de su obra sobre Cataluña en la España moderna?

J. H. Elliott. - Sí. Charlamos algo en Barcelona aunque no mucho. Me facilitó, con mucha generosidad, el manuscrito de su gran libro.

Manuscrits. - ¿Y con la historiografía latinoamericana a propósito de su descubrimiento del tema americano en su obra *El Viejo y el Nuevo Mundo*?

J. H. Elliott. - Tras regresar a Cambridge después de escribir mi tesis doctoral y conseguir el *fellowship* en el Trinity College, comencé a dar cursos docentes. El primer año, como no había nada sobre la historia de España, preparé un curso de ocho conferencias sobre la historia española que tuvieron bastante éxito. Vino a verme un editor para preguntarme si se podrían publicar más o menos estas conferencias. Así escribí *La España Imperial*, antes de publicar mi libro sobre la revuelta catalana. Se publicarían finalmente el mismo año. Recibí unas reseñas espléndidas por esta obra. Todavía no me interesaba en aquellos años la historia de la América española porque estaba dando en aquellos momentos el curso principal en Cambridge sobre la historia de Europa en los siglos XVI y XVII. Tuve que adentrarme mucho en la historia europea de la época moderna. Me invitaron a escribir la *Europa Dividida*. Pero en mi primer año sabático, en 1963, decidí ir a los Estados Unidos porque quería conocer a G. Mattingly, estudioso de la Armada Invencible. Resultó que murió en Inglaterra dos o tres meses antes de ir. Disponía de una beca para tres meses en Columbia University de Nueva York. Al mismo tiempo el Foreign Office tenía mucho interés por mejorar el conocimiento británico de la América Latina. Por ello, diversas fundaciones dieron becas para viajar por América Latina a jóvenes académicos y eruditos. Pensé que sería muy interesante conocer este otro mundo -ya me había percatado entonces de la importancia histórica de las remesas de plata americana- y decidí que los tres primeros meses de mi beca los aprovecharía en el Columbia University aprendiendo algo sobre la América Latina. Después, los restantes nueve meses los pasé viajando por toda América Latina. Pasé tres meses en México y más tarde recorri Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Chile,

Argentina, Brasil y Venezuela antes de regresar a casa. Este viaje me dio una visión de los enormes espacios americanos y de la importancia de relacionar la historia de América con la de Europa. Creo que dos o tres años después comencé a dar un curso en Cambridge sobre la conquista de México que tuvo bastante éxito. Allí hubo gente que tomó un enorme interés por la historia de América Latina. Butterfield me escogió como uno de los primeros conferenciantes para dar un ciclo de conferencias en la Queen's University de Belfast sobre la civilización global. Pensé que tendría interés el relacionar el Viejo y el Nuevo mundo y pensé no tanto en el impacto de Europa sobre América sino al revés.

Manuscrits.- Regresando a su trayectoria profesional, ¿cómo fue lo de ir a Princeton?

J. H. Elliott.- Acepté el puesto de la cátedra de Londres en 1968 porque quería escapar de Cambridge. Pensaba que no era una buena idea permanecer toda una vida en la misma universidad. Así me hice candidato para esta cátedra y me eligieron. Sin embargo, esta cátedra conllevaba el hecho de ser jefe del departamento para siempre. Aunque me interesaba bastante la administración, tampoco tenía ganas de pasar toda la vida haciendo administración académica. Quería escribir libros. Un día vino a verme Felix Gilbert —un magnífico historiador de Maquiavelo y de Guicciardini—, que estaba ya a punto de jubilarse. Había leído *el Viejo y el Nuevo Mundo* y vino a visitarme para tantear la posibilidad de que marchara a Princeton en 1972. Fuimos a visitarlo un fin de semana y vimos las posibilidades que ofrecía en una época en la que, además, las finanzas universitarias en Inglaterra ya habían comenzado a bajar y por tanto las posibilidades de aumentar un departamento. Todo ello nos inclinó a aceptar la propuesta. Resultó perfecto para redactar mis libros. La inspiración de ese instituto radica en la pequeñez de su facultad con sólo seis o siete historiadores permanentes y algunos matemáticos, cuya única obligación era la de hacer lo que pudieran hasta el nivel más alto y sin ninguna otra obligación que la de residir en ella durante el año académico dando la bienvenida a los becarios que además podía escoger.

Manuscrits.- Ello sirvió de hecho para que un buen número de historiadores españoles visitara Princeton. ¿Podría rememorar la nómina de sus principales discípulos que desde su época en Cambridge se interesaron por la historia de España?

J. H. Elliott.- En Cambridge mi primer estudiante fue Brian Pullan, historiador de Venecia. Si pretendía quedarse en Cambridge no había sitio para, los historiadores de España y por eso le propuse que fuera a estudiar sobre la ciudad de Venecia. Habíamos hablado durante los primeros años sobre la problemática de la economía, de la pobreza y de los sistemas de caridad durante la época moderna. Le propuse la idea de comparar la actitud de un estado católico frente

a un estado protestante respecto al tema de la pobreza. Después comenzaron a venir estudiantes que se interesaron por la historia española. Geoffrey Parker asistió a mis conferencias. Estaba explicando el camino del ejército y cogió entusiasmo por el tema. Richard L. Kagan vino desde los Estados Unidos por vía de mi amistad con Orest Ranum, historiador de la Francia del siglo XVII. Me dijo que le interesaba la realidad y el sueño en la vida española de los siglos XVI y XVII. Yo le dije que el tema no era idóneo para un joven historiador, pero que si se interesaba por las mentalidades tal vez le gustaría investigar la educación universitaria en la España Moderna.

Manuscrits. - ¿Kagan estaba relacionado con L. Stone?

J. H. Elliott. - No. Stone sólo formó parte del tribunal que juzgó su tesis doctoral. Luego vino R. J. W. Evans. No había nadie en Cambridge que se hubiera interesado por la historia de la Europa central en la época moderna. Yo aprendí más de él que él de mí desde luego. Pero conocía a J. U. Polisensky en Checoslovaquia, especialista en la Guerra de los Treinta Años. También Peter Bakewell, que era precisamente de mi colegio, pero especialista de literatura. Sin embargo, tuvo interés por la historia. Hablamos algo sobre la plata y me dijo que le interesaría trabajar sobre las minas americanas. Su investigación también fue un gran éxito. Se hizo historiador de la economía tras haber sido especialista en literatura española. También tuve a A. W. Lovett entre los que asistieron a mis conferencias y me dijo que quería hacer algo sobre Flandes. Y a James Casey, que vino por la vía de Belfast, de la mano de M. Roberts, el autor de la biografía de Gustavo Adolfo. Había conocido a Roberts durante las conferencias que imparti en Belfast sobre el Viejo y el Nuevo Mundo y me presentó a Casey como un estudiante que se interesaba por la historia de España. El estaba muy interesado por la revuelta catalana. Yo le dije que sería mejor no trabajar sobre Cataluña y le propuse que estudiara Valencia, donde no hubo revuelta. Todos ellos constituyen la primera generación, casi todos representados en el libro del homenaje que se escribió el pasado año.

Manuscrits. - En Princeton, ¿cuál fue la nómina de historiadores españoles que pasaron por allí?

J. H. Elliott. - Yo tenía dos opciones. Como miembro de la facultad tenía la posibilidad de escoger cada año a un ayudante. Elegí en primer lugar a alguien que había hecho su tesis en Cambridge, un norteamericano, David Lagomasino que estaba trabajando muy bien sobre la corte española y la revuelta de los Países Bajos. Sin embargo, nunca llegó a publicar su tesis espléndida sobre las facciones en la corte, los ebolistas, etc... Yo quería profundizar sobre la figura del Conde-Duque. Estaba buscando documentos en el archivo. Había conocido a José Francisco de la Peña en un congreso en Sevilla y pensé en él para ayudarme con toda la problemática de los textos. Así lo invitó y permaneció

conmigo cuatro o cinco años preparando esos dos tomos sobre los memoriales del Conde-Duque a la vez que escribía su tesis sobre México. Después elegí a algunos jóvenes que fui conociendo en algunos congresos. A Xavier Gil y a Antonio Feros, que me parecía gente con posibilidades y con dedicación. Pero al mismo tiempo tenía la oportunidad de poder sugerir a gente española para que presentaran su candidatura en Princeton. Mi impresión, en aquella época era que los mejores historiadores españoles eran historiadores económicos. Propuse a D. Antonio Domínguez Ortiz, aunque no quiso aceptar. Propuse a D. Felipe Ruiz Martín, a Gonzalo Anes, a Jordi Nadal. Más tarde se presentaron Ernest Lluch y Gabriel Tortella, porque ya por entonces estaban aquí enterados de que existían posibilidades de ir a Princeton.

Manuscrits.- Para continuar con su trayectoria, Ud. fue nombrado en 1990 "regius professor" de historia moderna de la Universidad de Oxford. Háblenos de sus funciones, de su trabajo en Oxford en estos momentos.

J. H. Elliott.- Acepté la propuesta con bastante dificultad. Había rechazado muchas ofertas de Inglaterra y tenía una vida perfecta en Princeton, que era un paraíso para los eruditos. Pero tenía un oferta real, de la reina, que desde el punto de vista patriótico, en primer lugar, hacía necesario mi regreso. Existía en Inglaterra la impresión de que los que decidían marchar a los Estados Unidos nunca regresaban. Pensé que sería bueno mostrarme como estandarte.

Hay varias cátedras regias muy antiguas en las universidades de Oxford y Cambridge como las de medicina y teología. Se fundaron las dos de historia en Oxford y Cambridge en 1724 por el gobierno de los primeros Hannover contra los *tory* precisamente, para elegir buenos catedráticos del partido *whig* que cambiaran el ambiente en ambas universidades. Hubo una sucesión de mediocridades durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. Pero después se reformaron, como tantas cátedras. Ya empezó la historia seria. Se trata, efectivamente, de un nombramiento del primer ministro pero confirmado por la reina. Hubiera rechazado una cátedra en Cambridge. Ya conocía aquél ambiente. Pero Oxford representaba una tierra incógnita y con una sociedad de Antiguo Régimen aun más que en Cambridge, tenía un cierto interés. Aunque tenía pocas ganas de dejar Princeton, la única desventaja que ofrecía era que, como Luis XIV, sabía cada día durante lo que hubiese quedado de mi vida exactamente lo que tendría que hacer a cada hora: estaría escribiendo. Y pensaba que ya había tenido diecisiete años fantásticos en los que había escrito allí algunos de los libros que quería escribir. Y no era mal momento para regresar a la vida universitaria, volver de nuevo a la enseñanza.

Manuscrits.- ¿Cómo ha encontrado la enseñanza en Inglaterra después de esos años de lejanía? ¿Se ha deteriorado?

J. H. Elliott.- Si. Regresé a un país muy distinto, con mucha presión sobre las universidades. La política "thatcheriana" marcó un incremento de la presión y del control sobre la vida universitaria. Muchas encuestas guiadas por un espíritu marcado por el lenguaje del mercado que han hecho la vida miserable a muchos académicos. Como jefe del departamento me he encontrado en los dos últimos años con mucha administración. Por eso, jubilarme a fines de este año académico no significa ningún suplicio.

Manuscrits.- ¿Qué discípulos ha tenido en esta última etapa como profesor en Oxford?

J. H. Elliott.- Algunos, pero pocos. He tenido a tres o cuatro. Hay poca gente que quiera dedicarse a la vida académica ante la falta de medios aunque tengan actitudes y ganas. Un canadiense, que está estudiando sobre la estirpación de la herejía en el Perú en el siglo XVII y ahora tiene un puesto en Princeton. También tengo a una estudiante norteamericana que está acabando una tesis sobre García de Loaysa como confesor y ministro de Carlos V. Un inglés que está trabajando sobre los avisos y gacetas en los Países Bajos, en Amberes en el siglo XVII, y toda la red de comunicaciones por Europa de los avisos de relaciones y gacetas. También una estudiante argentina que va a escribir una tesis sobre Juan de Palafox y Mendoza. Está en estos momentos leyendo las muchísimas obras de Palafox. Puedo pues decir, que tengo una nueva generación de historiadores.

Manuscrits.- Repasemos su trayectoria bibliográfica. Con respecto a *La España Imperial, 1469-1716*, ¿conoció a John Lynch, autor de otro manual paralelo al suyo?

J.H. Elliott.- Me parece que un colega me avisó al concluir mi obra de que alguien estaba escribiendo una obra similar. Pero no sabía nada. Creo que nos conocimos, pero ninguno de los dos sabíamos que escribíamos obras paralelas.

Manuscrits.- ¿Cree que siguen vigente las ideas de su obra? ¿Si tuviese que quedarse con alguna parte de la misma, con cual lo haría?

J. H. Elliott.- No me quedaría con ninguna parte específica, sino más bien con algunos planteamientos como el tema de las relaciones entre centro y periferia. Creo que si tiene vida todavía este libro es por este tipo de planteamientos más que por la información que contiene. Al buscar la información para su redacción aun no había aparecido obras como la de José Antonio Maravall sobre las Comunidades, por ejemplo, lo que provocaba que en la obra quedaran aspectos insuficientemente tratados. Así, estaba muy influido por Marañón en este sentido. Pero también me interesaban cuestiones como la de los partidos políticos. Lo importante de esa obra era dar al público inglés -no estaba pensando en un

público español ni mucho menos cuando la redactaba-, una idea de las grandes líneas de la historia moderna de España. Por razones editoriales era ante todo un libro de síntesis y nada más. De hecho quería terminar a mediados del siglo XVII. Sin embargo, la editorial insistió en que hiciera un último capítulo sobre el reinado de Carlos II. Yo les dije que faltaba entonces todavía mucha información sobre ese reinado. Por eso existe ese desequilibrio dentro del libro, en donde casi más de una tercera parte está dedicado tan solo al reinado de los Reyes Católicos. Como estaba escribiendo por entonces mi obra sobre la revuelta de Cataluña no quise tampoco sobrecargarlo con noticias sobre Cataluña.

Manuscrits.- Hemos hablado mucho estos días de su libro: *La revolta catalana*. Una de las críticas que se le han formulado desde el ámbito nacionalista catalán está en esa dialéctica entre modernidad y antigüedad empleada por Ud, como si la representación de la modernidad estuviese ubicada en la monarquía, en ese supuesto Estado Moderno frente a la aparente tradición ya decadente o caduca de un Pau Claris. ¿Es Ud. consciente de que en su obra sobre *La revolta catalana* se deslizaba esa sensación?

J. H. Elliott.- Creo que mi gran error fue emplear la palabra modernidad en vez de la de innovación. He visto más tarde que en España la modernidad es identificada con las ambiciones del estado de una forma en que no es relacionada en Inglaterra. Esta circunstancia ha perjudicado la comprensión de lo que quería expresar. Es cierto, además, que me impresionó mucho mi visita al archivo de la Seu de Urgell, mi confrontación con los archivos de los canónigos. He visto en su correspondencia un mundo de horizontes estrechos, de intrigas. Por eso tal vez he pecado de implicar demasiado la imagen de Pau Claris con el mundo de su colegas canónigos. ¿Quién sabe si tengo razón o no?

Manuscrits.- Vinculársele con la historia de las mentalidades francamente resulta absurdo. Pero al releer esta obra, el lector es consciente de que conceptos como "reputacionismo" se vinculan al mundo de los horizontes mentales. ¿No le parece que en su libro hay ciertamente aspectos que inciden en la importancia de lo irracional, en la importancia de lo mental?

J. H. Elliott.- Si. Supongo que vino en parte por ser muy consciente en no defender un posicionamiento determinista en la historia y tener presente la importancia de la contingencia, del azar en el pasado. Y quizás también por la importancia que Butterfield otorgaba a estas circunstancias de lo irracional, o por lo que emanaba de la propia documentación que consultaba.

Manuscrits.- Prioriza también la biografía personal sobre la ideología en muchos casos ¿No cree que la ideología ha quedado demasiado enterrada en su libro? ¿Que los grupos de presión, las aspiraciones personales insatisfechas acaban sepultando el discurso ideológico?

J. H. Elliott.- Si se piensa en eso se debe a dos razones. En primer lugar, por el gran impacto que sobre la historiografía inglesa tuvo la obra de Lewis Namier con su análisis del parlamento de Jorge III, en el que todo se reducía a intereses particulares. Así, uno estaba a la búsqueda de este tipo de documentación para intentar explicar los acontecimientos. En segundo lugar, encontré muchos memoriales y peticiones en el Archivo de la Corona de Aragón de esta gente frustrada buscando puestos en la administración y no encontrando sitio. Y después los encontraba entre las filas de los rebeldes. La explicación es posible que en ocasiones haya sido demasiado mecánica.

Manuscrits.- Determinada historiografía nacionalista catalana de última hora le ha reprochado sus simpatías olivaristas. Sin embargo, curiosamente, la visión que esta historiografía da de la sociedad del siglo XVII —el volumen de Nuria Sales en la *Historia de Cataluña* sería un ejemplo—, es la de una sociedad catalana desmigajada, extremadamente desestructurada.

J. H. Elliott.- Exacto, tal vez no estaba tan despistado como se creía.

Manuscrits.- ¿Hasta qué punto la revolución carecía de ideas? ¿Existió entre las clases dirigentes castellanas la influencia del pensamiento de Jean Bodino? Siguiendo muchos de los textos de los *Fullets Bonsoms*, los prólogos a las historias de Cataluña de aquellos años o los comentarios que Esteve de Corbera hace del círculo erudito barcelonés de comienzos del siglo XVII, parece interpretarse que existía un poso ideológico más importante de lo que se ha pensado en su momento. ¿Qué opinión le merece esta impresión?

J. H. Elliott.- Es posible, pero no estoy convencido de la influencia de Bodino en el pensamiento castellano. Me parece mucho más importante la incidencia de Justo Lipsio en las ideas del Conde-Duque.

Manuscrits.- Jesús Villanueva ha demostrado en un artículo que se publicará próximamente en la revista *Hispania* que la obra de González de Cellorigo pudo estar influida por el pensamiento de Bodino.

J. H. Elliott.- Sí, pero creo que Cellorigo no está pensando en el concepto político de Bodino, sino mucho más en la cuestión de la armonía, de los medianos entre los grandes y los pobres. El pensamiento de Olivares estuvo más influido por el arbitrio —las necesidades fiscales—, y ese mundo de neostoicos en el cual se formó en sus primeros años. Claro que cuando existe una presión sobre las constituciones y las libertades entran en juego los juristas como había sucedido anteriormente en la Francia de la segunda mitad del siglo XVI, recuperando un pasado idealizado muchas veces a base de construcciones perfectas. No me resulta extraño que ocurriera algo similar en Cataluña. Sin embargo, encontré muy pocas pistas durante mis investigaciones para seguir su

rastro. No sería sorprendente que se vayan encontrando más documentos a este respecto.

Manuscrits.— Repasemos ahora rápidamente algunos de sus otros libros. *La Europa dividida, 1559-1598*, ¿fue un encargo editorial?

J. H. Elliott.— Fue un encargo de la editorial. Habían pensado en dividir la historia europea en períodos cronológicos de cuarenta o cincuenta años y me propusieron que hiciera la segunda mitad del siglo XVI. Siendo tan difícil comprender la historia europea de ese momento, observé el encargo como un gran reto, porque los historiadores deben intentar encontrar las conexiones. Fue un libro difícil de redactar.

Manuscrits.— Desde su condición de protestante, ¿se puede “neutralizar” la conciencia religiosa en el momento de estudiar la problemática religiosa europea del siglo XVI? ¿Comprender una religiosidad católica como la española?

J. H. Elliott.— Es muy difícil para alguien que nunca ha ido a misa entender esta religión, pero también exige un esfuerzo imaginativo, ponerse en esa situación para reconstruir ese mundo religioso.

Manuscrits.— Respecto al modelo “weberiano” de una Europa protestante vinculada al progreso, a la dinámica capitalista frente a una Europa latina lastrada por el peso del feudalismo al subdesarrollo, ¿ha creído Ud. alguna vez en tal dicotomía?

J. H. Elliott.— No, y por eso propuse el tema de investigación a Brian Pullan.

Manuscrits.— *El Viejo y el Nuevo Mundo* resulta un libro fascinante al invertir el esquema clásico de la historia americana observada desde la perspectiva de la incidencia europea sobre el Nuevo Mundo por la del impacto intelectual de América sobre Europa. ¿Cómo es posible explicar esa lentitud de reflejos intelectuales por parte de los europeos para asumir esa nueva realidad americana —en contraste con otros espacios como el mundo asiático—, cuando el impacto del oro y la plata que llegaban desde América resultaba tan extraordinario?

J. H. Elliott.— Esto es lo fascinante de la historia, que todos vivimos con nuestros compartimientos mentales. En ocasiones estamos abiertos a una cosa y totalmente ciegos frente a otra. Me fascina esta incongruencia.

Manuscrits.— Respecto a la obra sobre Olivares, que ha sido un auténtico éxito editorial, ¿no cree que su interpretación de un Olivares reformista, modernizador, conectaba con el mensaje ideológico del socialismo dominante en el momento de aparecer tu libro en España? A los ministros socialistas, que dijeron

pùblicamente que estaban leyendo su libro, quizás les pasó como a Cánovas del Castillo, cuyas primeras obras eran críticas con Olivares, pero a partir de su propia experiencia como ministro de gobierno se dio cuenta de las dificultades de gobernar y cambió su juicio sobre el conde-duque.

J. H. Elliott.— Sí, creo que un sector de la clase dirigente de este país escogió este libro por el tema de la innovación en sociedades bastante anticuadas en ciertos aspectos.

Manuscrits.— Como gran conocedor del arte del Siglo de Oro y asesor del Museo del Prado, conoce toda la problemática que ha habido últimamente sobre el Museo del Prado, ¿cómo ve el futuro del Museo?

J. H. Elliott.— Soy optimista en este momento, porque Fernando Checa, director del Museo, sabe lo que está haciendo, sus ideas son buenas y factibles dentro de las posibilidades económicas y creo que tiene el apoyo del Gobierno. Por primera vez en muchos años, si sobrevive el Gobierno y sobrevive en su puesto Checa, podremos lograr un viejo sueño mío —y de Jonathan Brown— de reconstruir el Salón de los Reinos. Ojalá que lo veamos en toda su gloria dentro de poco.